



SEMBLANZA



D. LEOVIGILDO GÓMEZ AMEZCUA (1932 - 2022)

LEOVIGILDO GÓMEZ AMEZCUA, *IN MEMORIAM*

José Rivera Tubilla

Centro de Estudios «Pedro Suárez»

El día 11 de noviembre de 2022, a la edad de noventa años, fallecía en la residencia Santa Teresa Jornet de Guadix D. Leovigildo Gómez Amezcua.

Nació en Benalúa de Guadix un 24 de octubre de 1932. Sus padres le dieron una formación acorde con su condición social modesta y con su fe cristiana. Desde pequeño se sintió inclinado a los temas religiosos y fue “monaguillo” con varios párrocos, siendo D. Ángel Muñoz Quesada el que más influyó en él y quien lo impulsó a entrar en el Seminario Conciliar de San Torcuato de Guadix, presentándose en septiembre de 1944 al examen de ingreso. En el seminario, además de impartirse las materias propias de un bachillerato, aunque con preponderancia del latín, también recibió clases de música y una formación espiritual propia de su tiempo en la que se incluía la meditación, misa y rosario diario. Era tal el amor que tenía por el teatro que creó un grupo con sus compañeros que representaba sainetes y algunas obras de los hermanos Álvarez Quintero. Con motivo de ponerse en escena, en el teatro Acci, el auto sacramental de Pedro Calderón de la Barca *A María el corazón*, por alumnos del seminario, a él le correspondió interpretar el papel del Pecado.

En el curso escolar 1949-1950 pasó al Seminario Mayor, que estaba situado en un ala de la Facultad de Teología de Granada, cedida por los jesuitas al obispo D. Rafael Álvarez Lara. El curso 1952-1953 el Seminario Mayor pasó a un edificio nuevo en el paseo de la Cartuja, donde D. Leovigildo finalizó sus estudios de Filosofía y Teología. La defensa de su tesis para obtener el título de licenciado en Teología la hizo en latín, como era preceptivo.

El 27 de mayo de 1956, con veinticuatro años, recibía en la catedral de Guadix las órdenes sagradas de presbítero de manos del obispo D. Rafael Álvarez Lara (1942-1965). Dos días después celebraba su primera misa en el templo parroquial de Benalúa, su pueblo natal.

Su currículum ha sido muy rico y variado. Inició su labor pastoral en la parroquia de Baúl, con su anejo de Los Balcones, donde fue recibido con mucha alegría por los feligreses, por ser la primera vez que tenían cura propio. Según manifestó en alguna ocasión, su inexperiencia como cura de pueblo y el querer llevar a la práctica, en su labor como párroco, determinados criterios pastorales desacertados, que en aquel tiempo existían en el clero, le llevó a cometer algunos errores. Además de su intensa y entregada labor pastoral también se preocupó de terminar la edificación de la iglesia de Baúl, construir un salón parroquial para fomentar la cultura y la sana diversión, especialmente de los jóvenes. En Los Balcones, como no había propiamente templo, ya que se utilizaba el local de la escuela, con gran esfuerzo económico consiguió separar la escuela de la iglesia.

Después de tres años de dedicación a su trabajo pastoral entre gente sencilla fue nombrado cura de la parroquia del Sagrario de la catedral de Guadix, en la que estuvo desarrollando su incansable labor durante seis años. Impulsado por su ardor de sacerdote joven organizó una junta parroquial, a través de la cual se adquirieron bancos nuevos, impulsó el grupo de las Conferencias de San Vicente de Paúl de la parroquia y organizó la Cruzada Eucarística, para niños y niñas. Porque se iba conociendo su valía y sus ganas de trabajar fue nombrado consiliario de los jóvenes de Acción Católica. En este tiempo fue profesor de religión en la Escuela de Magisterio de La Presentación, de Guadix.

Durante unos años estuvo también encargado sucesivamente de las parroquias del Marchal, Hernán Valle, Albuñán y Cogollos de Guadix. En 1997, después de haber permanecido ingresado durante once meses en el Hospital Doctor Sagaz de Jaén, aquejado del mal de Pot, fue designado como párroco de la nueva parroquia Jesucristo Redentor en la que ejerció su ministerio durante tres años. En la carta que dirigió a los feligreses decía que la nueva parroquia había nacido con la intención de que tuviera un nuevo estilo, que estuviera abierta al futuro y que fuera acogedora.

Siempre obediente a lo que su obispo le pedía en cada momento, en septiembre de 1960, viajó hasta Argentina, junto con nueve sacerdotes más, para participar en la Gran Misión de Buenos Aires, un proyecto grandioso en el que estuvieron presentes setecientos sacerdotes españoles. Partieron setenta de ellos, procedentes de las diócesis del sur de España, desde el puerto de Cádiz el 30 de agosto de 1960, a bordo del trasatlántico Cabo San Roque, de la compañía Ibarra, mezclados con otros mil pasajeros. Tras quince días de navegación, con escalas en Lisboa, Tenerife, Río de Janeiro, Santos y Montevideo, arribaron a la capital argentina en la mañana del día 13 de septiembre. Allí le esperaban sus tíos Leovigildo y Francisca, descendientes de Cayetano Amezcua, natural de Cogollos, y de su segunda esposa, quienes en 1910 habían emigrado a Mendoza. El emotivo abrazo con el que se fundieron rompía la separación de cincuenta años entre ambas familias y se iniciaba un nuevo capítulo en la historia de los Amezcuas, como el propio D. Leovigildo recoge en sus memorias.

En Argentina cumplió así su compromiso misionero durante un mes, predicando en la parroquia de Lourdes de Ciudadela Sur, situada en el cinturón de Buenos Aires, junto a su compañero, Antonio Salvador Romero. Mientras tanto, sus tíos permanecieron en la capital, hospedados en casa de unos amigos, sin perder el contacto con el recuperado sobrino. Cuando acabó la misión, el 17 de octubre marchó con ellos a San Martín de Mendoza, donde les esperaba un segundo encuentro muy emotivo con el resto de la familia. Partió de regreso a España el 31 de octubre de 1960.

En marzo de 1965, don Rafael Álvarez Lara fue nombrado obispo de Mallorca y le pidió que fuera su secretario particular. En la última sesión del Concilio Vaticano II lo acompañó y tuvo la oportunidad de asistir a una reunión como mero auxiliar. En Palma permaneció, llegando a fundar la Casa de Andalucía en Mallorca, hasta 1968, en que don Gabino Díaz Merchán, nuevo obispo de la diócesis de Guadix (1965-1969), lo reclamó para que se hiciera cargo del Seminario Menor

como rector. Según él mismo manifestó en alguna ocasión, su tarea no fue nada fácil debido a que por ese tiempo sobrevino una fuerte crisis de vocaciones y a que cometió algunos errores principalmente por ser demasiado riguroso con los seminaristas y utilizar algunos criterios de los tiempos en los que él lo era y que ya resultaban anacrónicos.

Siendo rector del seminario fue nombrado secretario general del Obispado y, posteriormente, vicario general y de pastoral, cargo que ejerció durante diecinueve años, gozando de la confianza de los preladados siguientes, D. Antonio Dorado Soto (1970-1973), D. Ignacio Noguera Carmona (1976-1992), y D. Juan García-Santacruz Ortiz (1992-2009).



D. Leovigildo Gómez Amezcua pronunciando la laudatio a D. Juan García-Santa Cruz (a su izquierda), con motivo de su nombramiento como miembro de honor del Centro de Estudios «Pedro Suárez» (23 de febrero de 2010), acompañado del presidente del CEPS, D. José Manuel Rodríguez Domingo, y D. Manuel Jaramillo Cervilla. Foto: M. A. Gómez Mateos.

Como sacerdote muy imbuido de las ideas del Concilio Vaticano II en cuanto a la participación de los seglares en el apostolado se dedicó con mucho entusiasmo al movimiento de Cursillos de Cristiandad, porque los consideraba un método de evangelización muy útil para el mundo actual, siendo su consiliario y participando como “rollista” en más de cien cursillos. Como delegado de Apostolado Secular y encargado de la Pastoral Familiar, también fue consiliario del Movimiento Familiar Cristiano, promoviendo y participando en cursillos prematrimoniales y en encuentros familiares.

Su inquietud por buscar actividades para que los jóvenes tuvieran posibilidad de reunirse le llevó a que entre los años 1977 a 1980, en la parroquia del Sagrado Corazón de la Estación, realizara, junto a su gran amigo y párroco D. Salvador Olivares, una extraordinaria actividad especialmente con los jóvenes, haciéndose cargo del Grupo de Teatro Raíl.

Por el año 1980, el obispo lo nombró capellán de los hermanos Fossores, en su capilla del cementerio accitano, y a los que ha servido durante veinte años. Cuando se abrió, en la barriada de San Antón, el Centro Asistencial María Briz fue colaborador asiduo en las actividades que las hermanas realizaban en dicha institución.

Este mismo año fue nombrado por el obispo D. Ignacio Noguer Carmona canónigo de gracia de la Catedral de Guadix, pasando en 2007, cuando cumplió los setenta y cinco años, a canónigo emérito. En 1997 se le nombró director del Archivo Histórico Diocesano.

Durante su dilatada vida, como hombre culto de gran capacidad intelectual y con hambre insaciable de aprender, fue un gran lector de toda clase de obras literarias y de libros que le servían para estar siempre actualizado en aquellas materias propias de su ministerio sacerdotal. La música fue una de sus grandes aficiones, poseyendo una gran discografía de música clásica y zarzuela.

Siempre había manifestado que escribir le daba la vida. Su producción literaria ha sido numerosa: prólogos a libros de distintos autores, colaboraciones semanales en la revista *Guadix a mano*, así como artículos académicos para distintas publicaciones entre las que se encuentra este *Boletín del Centro de Estudios «Pedro Suárez»*. Miembro fundador del Instituto de Estudios «Pedro Suárez» en 1988, siempre fue un colaborador entusiasta e incansable, valedor incondicional y modelo de un humanismo respetuoso, dialogante y siempre conciliador. En reconocimiento a sus méritos y labor investigadora, en 1997 le fue otorgado el Premio Pedro Suárez.

Un año antes, durante el tiempo que estuvo hospitalizado, escribió un poemario *Poemas desde El Neveral*, versos que rezuman la nostalgia de no poder pasar la Navidad con su familia y que también reflejan la lucha que tuvo que mantener en su interior para hacer frente a la enfermedad y aceptarla. En 2009, en colaboración con Ana María Rey Merino, escribía el *Callejero biográfico de Guadix* y en 2012 la biografía *Rafael Álvarez Lara, obispo de Guadix y Mallorca. Un hombre de Dios*. Su último libro, escrito ya en la residencia Santa Teresa Jornet de Guadix, ha sido *Obispos accitanos del siglo XX* (2020).

Todas las personas que han tenido contacto con D. Leovigildo en sus distintos cargos, ocupaciones y actividades que ha desarrollado a lo largo de sus al menos sesenta años de servicio a la Iglesia y entrega a su sacerdocio coinciden en valorarlo como un hombre bueno, una persona humilde, sencilla, generosa, dialogante, abierto a escuchar, que empatizaba con los demás, siempre amable y elegante... Obstinado en la puntualidad, virtud no siempre abundante en nuestro tiempo, era también un trabajador incansable, metódico y ordenado con todas

sus cosas. Sin ser fraile durante su vida puso en práctica los votos de obediencia a su obispo y de pobreza franciscana; siempre dispuesto a ayudar a todas las personas necesitadas que se acercaban a él, hasta el extremo de compartir con ellos parte de su asignación. Íntimo y familiar, siempre buscó motivos para festejar con sus familiares y amigos cualquier acontecimiento digno de celebración. En su faceta religiosa era un hombre de Dios, comprometido con el Evangelio, un hombre de fe, un sacerdote ejemplar, fiel y entregado al servicio de la Iglesia y de la diócesis de Guadix.

Descanse en paz